

escritor, algunos párrafos de su obra *El país de nieve*, donde es fácil advertir ese equilibrio formal y temático de que hace gala el maestro del lirismo japonés: "El crepúsculo había dejado, por encima de las montañas, algunos tardíos restos purpúreos en el cielo nocturno, y todavía podían distinguirse, a lo lejos, en el horizonte, los perfiles de los picachos solitarios. Aquí, en cambio, constantemente, desfilaba el mismo paisaje serrano, apagado completamente ahora, privado de todo color. Nada en que retener el ojo. Desfilaba como una oleada de monotonía. Tanto más neutro, más esfumado, más vagamente conmovedor al correr, por decirlo así, bajo los rasgos de la joven, por detrás de su espléndido rostro enternecedor, que parecía rechazarlo por entero, en una misma grisalla. La imagen de este rostro parecía tan inmaterial que debía ser, en verdad, transparente. Tratando de comprobar si era verdadera, Shimamura creyó ver, en un momento, el paisaje a través de ella, pero las imágenes se sucedían tan rápidamente que no pudo controlar su impresión.

¿Cómo pudo Yoku darse cuenta que era observada? Toda su atención recaía en su compañero enfermo. Y aun cuando hubiese mirado a Shimamura, no pudiendo ver, posiblemente, su reflejo en el cristal, nunca hubiese sospechado de ese viajero que sólo miraba por la ventana".

MIGUEL ANGEL DIAZ A.

<https://doi.org/10.29393/At421-422-72TALD10072>

"TAIPI" Y ALGUNOS RASGOS DE MELVILLE

TERMINO de leer *Taipei** y me pregunto si se trata de una novela o de un libro de memorias, si Herman Melville narra en estas páginas sus propias experiencias como marinero o constituyen aquellas una ficción para la cual aprovechó elementos reales, entre otros el conocimiento en profundidad de un pueblo isleño de los Mares del Sur. Porque una convicción queda en el lector grabada con caracteres definitivos: la de la verdad cabal que se encierra en *Taipei*. Todo en el libro es real, el paisaje, la naturaleza, los hombres. Que Melville conoció a los taipies, estuvo en su tierra, los vio vivir y compartió con ellos su delicioso clima, sus alimentos y sus alegrías, no puede ponerse en duda. No he leído muchos detalles biográficos de este gran novelista, según algunos críticos, dueño de la prosa "la más poderosa del siglo diecinueve en Norteamérica"**, pero es bien sabido que navegó por los Mares del Sur, que presenció, hacia 1842, los acontecimientos que dieron por resultado la absorción de Tahiti por el colonialismo francés y que hasta vio de cerca a uno de los más famosos gobernantes polinésicos: la reina Pomaré. Todo hace pensar, pues, que

*Edición Zig Zag. Traducción de Antonio Skarmeta.

***"Unamuno y Herman Melville: un encuentro filosófico" por Rockwell Gay, en ATENEA, N° 406

Taipei, donde se expresan muchos rasgos del carácter de su autor, de sus sentimientos, de su actitud frente a la vida y a los hombres, es un libro dotado de una gran carga autobiográfica.

¿Qué podría decirse de *Taipei* como obra literaria? ¿Qué es un relato espléndido, escrito con exaltación y entusiasmo, con colorido y hasta con cierto aire tropical acorde con el escenario en que se desenvuelve? Todo eso se puede decir, pero es muy poco. Me gustaría mejor hablar de ciertos aspectos de este libro que creo que definen a su autor como un hijo auténtico de su época.

Romanticismo, anticolonialismo

Melville vivió entre 1819 y 1891, es decir que su juventud y parte de su madurez transcurrieron dentro del romanticismo, que tuvo expresiones propias en Estados Unidos, una de las cuales fue sin duda la búsqueda de elementos autóctonos para construir una literatura nacional, norteamericana, desligada en primer término de la fuerte influencia inglesa. Se empeñaron en ello Emerson, Hawthorne, Thoreau. El primero lo planteó con carácter programático, coincidiendo en ello con nuestro Lastarria, que propuso en su discurso de 1842, en la Sociedad Literaria, cortar el cordón umbilical que unía las letras chilenas a las de España. Realizadores de estos postulados nacionalistas fueron Whitman, Melville y otros escritores de ese tiempo. Fue ése uno de los más importantes rasgos generacionales del romanticismo norteamericano. Otro fue la exaltación del individualismo a través de una búsqueda atenta de las esencias del hombre, de su libertad, del aniquilamiento de las compuertas que contenían sus potencias creadoras. En esta categoría, el *Moby Dick* de Melville ha sido interpretado como una obra de carácter simbólico cuya anécdota —el capitán Ahab en persecución de la ballena blanca— esconde no sólo la lucha eterna entre el bien y el mal sino la exaltación de la carrera del hombre para exterminar, cualesquiera que sean los riesgos, aquello que se opone a su desarrollo integral.

Taipei, en cambio, no parece encubrir esa clase de problemas morales o religiosos. En esta novela (?) se retrata un Melville joven y ardiente, deslumbrado por la luz del paisaje tropical y por la palpitación humana de las islas de los Mares del Sur. Desde luego, el mar está presente en la obra, el mar hacia el cual se acercaba siempre que sentía, como anota Rockwell Gay, lo que llamaba "el noviembre oscuro y lloviznante del alma" (el "lloviembre" que diría Fernando del Paso). Es la vuelta jubilosa del hombre que empieza a vibrar al compás de la trepidación de las maquinarias y a ahogarse en el espesor de las atmósferas industriales, a la limpia y ardiente existencia de las islas, donde se vive libre (o casi libre, porque existe, como se verá, el peso del tabú).

En *Taipei*, en efecto "no existía ninguna de esas miles de fuentes de

irritación que el ingenuo hombre civilizado ha creado para estropear su propia felicidad: ni juicios por no cancelar la hipoteca, ni cheques protestados, ni cuentas que pagar, ni deudas de honor; ni majaderos sastres y zapateros insistiendo en que se les pague; nada de apremios de ninguna especie; nada de abogados acusadores y defensores que fomentan la discordancia para que sus clientes disputen y luego cobrar sus honorarios; nada de parientes pobres que vienen a instalarse en el estrecho dormitorio y ocupan la mesa del comedor hasta el extremo de que no dejan lugar para apoyar los codos; nada de viudas desamparadas que se mueren de hambre en los fríos hospitales de caridades; nada de mendigos, nada de encarcelados por deudas; nada de ricachones orgullosos y con corazón de palo; o, para resumirlo todo en una palabra, ¡nada de *dinero*! Esa "raíz de todos los males" no sería encontrada en Taipi".

Pero no es el mero regreso a la naturaleza propuesto por algunos soñadores sino la protesta contra la complejidad de la vida en el mundo burgués, contra la corrupción del dinero: es el abogar por la dignidad del ser, la proclamación de la felicidad del hombre en medio de un paisaje bello y pródigo donde no se conocen la enfermedad ni el hambre. ¿Una reedición del romanticismo de Rousseau? "La civilización", anota Melville, "no aumenta las virtudes de la humanidad: ni siquiera cuenta con todas ellas. Las virtudes humanas florecen en abundancia y resultan más fortalecidas entre muchos pueblos bárbaros. La hospitalidad del árabe salvaje, el coraje del indio norteamericano y la fiel amistad de algunas naciones de la Polinesia, sobrepasan en gran medida a lo que se conoce entre las pulidas comunidades europeas". Y más adelante confiesa: "Debo declarar francamente que luego de haber estado algunas semanas en este valle de las Marquesas, llegué a estimar a la naturaleza humana como nunca antes lo hiciera".

¡Ah, pero ese aire feliz y libre de las islas no va a durar! Hay oscuras fuerzas que acechan y que terminan por llevar allí las ambiciones de occidente. "Cuando los pobladores de alguna isla aún no descubierta veían venir hacia ellos la 'gran canoa' de los europeos balanceándose en el océano azul, lo primero que hacían era correr en multitudes hacia la playa y esperarlos con los brazos abiertos para saludarlos. ¡Fatal abrazo! Encubrían los extranjeros en su regazo la víbora con cuyo veneno destruirían todas sus alegrías; y el instintivo sentimiento de amor que anidaban sus pechos pronto se convertiría en el más amargo odio.

"Las atrocidades cometidas con los inofensivos isleños de los Mares del Sur sobrepasan los límites de la imaginación. De esto poco se sabe en nuestras ciudades; suceden en los confines de la tierra; acontecen muy lejos, y no hay nunca nadie para contarlas. Pero existen, sin embargo, muchos mezquinos comerciantes que han navegado el Pacífico y que han dejado en su trayecto de isla a isla una estela de sangrientos robos,

secuestros y asesinatos tan perversos, que merecerían que sus culpables navíos fueran echados a pique”.

“Algunas veces vagos relatos de estos acontecimientos llegan hasta nuestros hogares y fríamente los censuramos como perversos, descorteses, gratuitamente severos, y peligrosos para los tripulantes de otros navíos. Qué diferente es nuestro tono cuando leemos las tan elaboradas descripciones de la masacre de la tripulación del *Hobomack* a manos de los fijis; cómo simpatizamos con las desafortunadas víctimas, y con qué horror consideramos a los diabólicos paganos, quienes, después de todo, no hacían más que vengar las injurias que sin provocación de su parte habían recibido. Por todos lados se respira venganza; y navíos bien equipados de armamentos atraviesan miles de millas para ejecutar sumario castigo sobre los malhechores. Al llegar a destino, queman, asesinan, destruyen, de acuerdo con las instrucciones, y zarpando del escenario devastado, piden que la cristiandad aplauda su valor y justicia”.

“¡Cuán a menudo el término ‘salvaje’ es aplicado en forma incorrecta! Nadie que lo merezca verdaderamente ha sido descubierto por navegantes o viajeros. Estos han encontrado bárbaros y paganos a quienes, por las horribles crueldades que han practicado sobre ellos, los han convertido en salvajes. Puede afirmarse, sin temor de contradecirse, que en todos los casos en que se han cometido atrocidades de parte de los polinésicos, los europeos han sido alguna vez los agresores, y que la cruel y sangrienta disposición de algunos de los isleños debe ser explicada por la influencia de estos ejemplos”.

Para Melville, las acciones militares de los franceses destinadas a apoderarse de las islas de la Sociedad y las Marquesas (entre otras) están señaladas por el signo de la miseria, la cobardía y la ambición, aunque emplee la ironía para referirse a ellas: “Era un valiente guerrero sin duda este contralmirante Du Petit Thouars, pero también muy prudente. ¡Cuatro voluminosas fragatas acorazadas para asustar a unos pocos paganos en sujeción! ¡Sesenta y ocho cañones para demoler chozas de cortezas de cocoteros y armamentos especiales para prender fuego a unas pocas habitaciones de maderal”. Más adelante insiste y no ahorra adjetivos para calificar esa agresión: “Bajo la máscara de estos y otros trucos semejantes, habían sido cometidas las más salvajes masacres, y Tahiti, la hermosa, la reina de los Mares del Sur, había sido ultrajada. En esta expedición bucanera, el contralmirante Du Petit Thouars, abandonando el resto de la flotilla en las Marquesas, que habían sido ocupadas por sus fuerzas hacía cinco meses, zarpó hacia las islas predeterminadas a la desgracia en la fragata “Reine Blanche”. A su llegada, como una indemnización por supuestos insultos contra la bandera de su país, pedía alrededor de veinte o treinta mil dólares de antemano, y en caso de que no se pagasen, amenazaba con desembarcar y tomar posesión del lugar”.

Es el escritor de un país joven e impetuoso el que se levanta contra

la actitud colonialista de la vieja Europa, empeñada en apoderarse de tierras a las cuales arranca sus productos naturales. En grandes regiones de Africa y Asia ondea ya la bandera tricolor de Francia. Se intenta introducirla en América a través de la aventura imperial de Maximiliano de Hapsburgo, en México. Finalmente ni los bellos maoríes de los Mares del Sur van a librarse del asedio colonial. El joven Melville (que tiene veintitrés años en los días ardientes de su aventura en las Marquesas, descrita en *Taipei*) odia a los invasores franceses, se rebela contra ellos, los colma de improperios, quizás menos por la existencia de una conciencia política que por un innato sentido de la moral y la justicia. Y también por amor a esos pueblos primitivos cuya vida maravillosa quieren exterminar.

Tabú

No es posible afirmarlo de modo absoluto, pero *Taipei* debe ser una de las primeras obras literarias de occidente donde se menciona la palabra tabú, de origen polinésico, que en nuestro tiempo es de uso frecuente después que los psicoanalistas, y principalmente Freud, estudiaron los complejos fenómenos a los que ella da nombre. Melville habla de las muchas veces que un acto suyo fue calificado de tabú por los taipíes, sobre todo en los primeros días de su *saison au paradis*. Cuando le pasó tabaco a su compañero Toby por encima de la cabeza de un nativo, los alarmados gritos de "¡tabú, tabú!" resonaron: he ahí un movimiento prohibido. Luego relata que un día cogió un tejido vegetal que trabajaban unas muchachas para examinarlo y provocó otro escándalo: el tabú, en este caso, existía sólo para el sexo masculino; el femenino, entre los taipíes, tenía, por ejemplo, el de subir a una embarcación. Para dar paseos en una canoa con la joven que amaba, y que al parecer los taipíes le habían destinado, tuvo que obtener que el tabú fuera abolido, lo que se hizo sólo en el caso particular de esa muchacha, Fayaway.

"Las caprichosas operaciones del tabú no dejan de ser notables", escribe Melville: "enumerarlas todas sería imposible. Cerdos negros..., infantes hasta cierta edad..., mujeres en estado interesante..., hombres jóvenes mientras tenía lugar la operación de tatuar sus rostros..., ciertas partes del valle durante una lluvia persistente..., son igualmente objetos del tabú".

Después de todo, se pregunta el marinero de Melville, ¿qué es el tabú? "No puedo determinar con ninguna exactitud qué poder es el que impone el tabú. Cuando considero la escasa disparidad de condiciones entre los isleños (las limitadísimas y poco considerables prerrogativas del rey y de los jefes) y las relajadas e imprecisas funciones del sacerdocio, de cuyos miembros la mayoría apenas se distingue del resto de sus paisanos, me pierdo al tratar de dilucidar de dónde proviene la autoridad que regula esta poderosa institución". Y agrega: "Cualquiera cosa que se oponga a

las costumbres ordinarias de los nativos, aunque no esté expresamente prohibida, se dice que es tabú".

Esta última definición de Melville es muy exacta. Freud, que estudió el tabú de los polinésicos a través de Wundt y otros especialistas, atraído por la afinidad que ofrece con algunas de las prohibiciones tradicionales y éticas de occidente y buscando el origen de nuestro propio "imperativo categórico", señala* que el tabú tiene dos significados opuestos: el de lo sagrado o consagrado y el de lo inquietante, peligroso, prohibido o impuro. Y como queriendo apoyar la definición de Melville, que posiblemente no conoció, añade: "En polinesio, lo contrario de tabú es *noa*, o sea lo ordinario, lo que es accesible a todo el mundo. El concepto de tabú entraña, pues, una idea de reserva y, en efecto, el tabú se manifiesta esencialmente en prohibiciones y restricciones. Nuestra expresión "temor sagrado" representaría en muchas ocasiones un sentido coincidente con el del tabú".

Por su parte, Northcote W. Thomas** escribe en la *Enciclopedia Británica*: "La palabra tabú no designa en rigor más que las tres nociones siguientes: a) el carácter sagrado (o impuro) de personas u objetos; b) la naturaleza de la prohibición que de este carácter emana, y c) la consagración (o impurificación) resultante de la violación de la misma".

Tabú es hoy una palabra incorporada a casi todas las lenguas, en su forma originaria. Vino a suplir un concepto que no tenía una expresión tan concreta, a pesar de toda su amplitud. Es interesante señalar que si no fue Melville quien la introdujo en la lengua inglesa (no lo sabemos, pudo ocurrir), los diversos párrafos que dedica a describir los tabúes de los taipíes de las islas Marquesas representan una experiencia directa muy clara e importante, susceptible de ser usada como ilustración de los estudios de los especialistas en la materia. Aunque constituya algo muy conocido, es preciso recalcar que los escritores suelen adelantarse a la ciencia, a la técnica, a los especialistas. Balzac, como lo señala Gorki***, dijo en una de sus novelas que él creía que ciertas potentes secreciones desconocidas para la ciencia operaban probablemente en el organismo humano y explicaban varios de sus rasgos sicofísicos. Muchos años más tarde se descubrieron las glándulas que producen hormonas y ello llevó a la medicina a crear toda la teoría de las glándulas endocrinas.

Frescura y decadencia

Hubo un escritor europeo, Pierre Loti, que como Melville, registró sus experiencias entre los maoríes de los Mares del Sur. Cualquier comparación entre ellos deja muy mal parado a Loti. Entiéndase bien que no se trata de parangonar a un escritor con otro, a uno de alta categoría

**Totem y tabú.*

**Citado por Freud.

***Máximo Gorki, *Sobre la literatura.*

literaria, de la talla de Melville, con otro de un orden inferior. Se trata de dos actitudes frente a un mismo sujeto. Melville es la dignidad y Loti la decadencia. Melville es la virilidad de un mundo que nace, el asombro de unos ojos que se abren ante la fuerza de la vida, Loti es la masticación con dentadura artificial de alimentos excesivamente condimentados.

Frente a las acciones militares de Francia en las islas, no se podía esperar que Loti parara mientes en la indignidad de que estuvieron revestidas, puesto que era uno de los que las practicaban, en rigor un agente del colonialismo francés. Pero observémoslos ante un tema en el que ambos tenían las mismas posibilidades de demostrar la dimensión de sus esencias humanas: el amor. Para sus fines literarios, Loti necesita una mujer de los Mares del Sur, la contrapartida maorí de Aziyadé, y encuentra a Raraku* en la corte de la reina Pomaré. "Raraku llevaba el traje del país, las túnicas sueltas y sin cintura llamadas *tapa*. Las suyas, que eran largas hasta el suelo, tenían una elegancia casi europea.

"Sabía ya distinguir ciertos cortes nuevos de las mangas o del talle, ciertas modas feas o graciosas. Era ya una personita civilizada y coqueta".

La última carta que la joven Raraku escribe a Loti, termina: "Te saludo, en nombre del verdadero Dios, de la fe cristiana".

Mientras menos indígena sea, mejor para Pierre Loti. La elegancia de esta "personita civilizada y coqueta" es "casi europea". La han convertido al catolicismo. Lo natural es esperar que el paso siguiente consista en ponerle sombrero con plumas y uno de esos espantosos corsés que usaban las señoras en tiempos de Loti.

Durante los meses que vive entre los taipíes, Melville tiene también una muchacha, Fayaway, que duerme a su lado y sale con él a recorrer el valle y a bañarse en las lagunas. La admira y la ama como un joven vital, aunque no diga, tal vez por natural pudor, tal vez por puritanismo de origen religioso, ni una sola palabra acerca de sus contactos. Hacia el final de esta estancia en las Marquesas, en vísperas de su fuga, habla de paso de un beso de despedida. Todo lo que escribe de Fayaway está marcado por la fineza y la admiración y aunque al trazar su retrato apela en un par de ocasiones a características de determinadas mujeres de occidente, lo hace sólo buscando términos de comparación y jamás a la manera de Loti, que parece basar la belleza, la gracia y la elegancia de una maorí en su mayor o menor semejanza con las europeas. Melville, por el contrario, se deleita en la pureza natural, la desnudez y la frescura oceánicas. Aunque en lo personal le repugna el tatuaje y se niega a permitir que el tatuador oficial de los taipíes practique en su cuerpo sus complicadas artes, no se desalienta por los pequeños dibujos que Fayaway tiene en los labios y en la curva de los hombros.

He aquí un buen retrato de esta hechicera ninfa de los Mares del

Pierre Loti: *Le mariage de Loti*.

Sur: "Su cuerpo desenvuelto era la imagen perfecta de la gracia y belleza femeninas. Su cutis tenía un tono oliva imponente y parejo, y si uno miraba el reflejo de la luz en sus pómulos, podía jurar que bajo aquella piel casi transparente brillaban los tonos de un pálido bermellón. Su rostro tenía forma oval y cada rasgo estaba tan perfectamente constituido como para ser la imagen misma de la mujer que todo hombre imagina o quiere. Sus gruesos labios, cuando se abrían en una sonrisa, dejaban ver bellos dientes de deslumbrante blancura; y cuando toda su boca rosa estallaba en risas lucían ellos como las albas semillas del "arta", una especie de fruto de los que se daban en el valle, que al partirse muestra sus semillas en hileras a cada lado, empapadas de la pulpa roja y jugosa. Sus cabellos castaño oscuro, partidos en forma irregular por el medio, caían en dos trenzas naturales sobre los hombros, de modo que cada vez que se inclinaba se derramaban sobre el pecho ocultando el espectáculo de sus bellos senos. Si uno miraba en las profundidades de sus extraños ojos azules cuando estaba de humor contemplativo, estos parecían aún más plácidos, aunque impenetrables, pero cuando los iluminaba una emoción vivaz destellaban sobre el favorecido por su mirada un brillo de estrellas. Las manos de Fayaway eran tan suaves y delicadas como las de una condesa, ya que la niñez y adolescencia de las mujeres de Taipi transcurren exentas de toda labor ruda. Sus pies, aunque descubiertos, eran tan pequeños y delicadamente conformados como los que podrían asomarse bajo los pliegues de los faldones de alguna noble mujer de Lima. La piel de esta creatura, debido a sus continuos baños y unciones de materias emolientes, era inconcebiblemente tersa y delicada". Todo en ella es hermoso y fino. "Los modales desenvueltos, la gracia espontánea de esta hija de la naturaleza que respiraba desde niña la brisa de una región en la que la primavera parecía eternizarse, que se nutría de las exquisitas frutas que la tierra le ofrendaba pródiga y generosa, que era libre como los pájaros de la selva, carente de preocupaciones y ansiedades, sin artificios ni sentimientos malvados, causaban a la mirada un impacto indescriptible". Hasta cuando practica la (para Melville extraña) costumbre de comer pescado crudo, lo hace con gracia y delicadeza, sin la avidez con que sus paisanos engullen enteros los peces.

No sé si se ha logrado con esta comparación entre Loti y Melville destacar las diferencias entre dos tipos de escritores productos de medios distintos, de conceptos también contradictorios: uno que arrastra el pesado fardo de la decadencia de una sociedad gastada, fruto el otro de un impetuoso mundo que nace del matrimonio entre el impulso industrial y el puritanismo religioso, pero que no va a tardar más de un siglo en llegar, por diferente camino, al mismo estado de descomposición social y de desprecio absoluto por la independencia de los pueblos pequeños y sus gentes.

LUIS ENRIQUE DELANO